

# Un Despojo de la Propiedad Particular

por Sebastián Salazar Bondy

Las diversas agresiones de que está siendo víctima uno de los pocos parques destinados a la oxigenación urbana y al solaz público, el llamado Campo de Marte, no son sino nuevos episodios de la nefasta política de utilizar las áreas verdes como tierras baldías cuyo dueño es el Estado, por lo cual puede, sin tener en consideración las necesidades de la población, donarlas a instituciones o emplearlas para la construcción de edificios destinados a la burocracia. Desde estas columnas ya dijimos un tiempo atrás que la cesión de una buena parte del Campo de Marte al Comité Nacional de Deportes para la construcción de una pileta olímpica era un abuso. Si la piscina hace falta, más falta hacen, por supuesto, las zonas libres en una ciudad como la nuestra en donde las normas mínimas que señala el urbanismo con relación a los espacios recreativos y el número de habitantes no se cumplen ni con mucho. Repetimos la protesta en lo que atañe a la edificación de un ministerio en ese mismo punto. Ambas usurpaciones —usurpaciones, sí, puesto que los parques son propiedad comu-

nal y la comunidad no ha sido consultada con ocasión de esos regalos— colman la medida de lo lícito en punto a ceguera en la organización citadina.

La oposición de diversas instituciones técnicas al despojo del Campo de Marte no es un capricho. Si tales arbitrariedades fueran compensadas por la creación de nuevos y más amplios sectores verdes y libres, el crimen no dejaría de ser



tal, pero sus consecuencias sobre la existencia colectiva serían menores. Pero téngase en cuenta que precisamente desde el establecimiento de ese Campo de Marte en reemplazo del viejo hipódromo de Santa Beatriz —o sea, desde hace alrededor de veinte años—, ni los poderes públicos ni la municipalidad han reservado un espacio que no sea de mera plazuelita a la aireación de Lima. Siempre han aparecido las voraces compañías urbanizadoras para trazar, en toda extensión situada en la ciudad, sus planos de manzanas destinadas a la construcción de viviendas costosas. Ahora mismo que la penitenciaría, el hipódromo y el aeropuerto están a punto de abandonar los lugares que ocupan, los planes que se hacen para sustituirlos son puramente comerciales. Al paso que vamos —ya se ha dicho— no habrá en toda la amplitud de la capital —inexplicablemente llamada “ciudad-jardín”— una zona arbolada que se halle en proporción di-

recta a la muchedumbre que la habita. Las reclamaciones que hoy se escuchan no son vanas, pero no hay peor sordo que el que no quiere oír, y el Estado y la municipalidad siguen obsequiando lo que es el país o haciendo la vista gorda ante este alegre dispendio de tierra común.

En todas las urbes del mundo, con respecto a este problema, los gobernantes piensan, antes que nada, en los intereses del hombre medio, del ciudadano modesto, de aquel cuya casa no cuenta con jardín propio y cuya economía no le permite la adquisición de un automóvil que, en los días de descanso, haga posible llevar a la familia al campo, y proyectan y realizan grandes parques públicos, bosques urbanos, campos deportivos, lugares de recreo al aire libre. De este modo, no obstante el abigarramiento ciudadano, se cuenta, al alcance de todos y al término de un breve viaje, con variada vegetación, ambiente limpio y medios gratuitos de esparcimiento. Lima está en pleno desarrollo y nos hallamos todavía a tiempo de guardar las pocas zonas sin construir que hay en su perímetro para crear estos vastos jardines, cuyos servicios a la vida higiénica popular serán de beneficio incalculable, aun en lo que atañe a la coexistencia social y la paz pública. Pero no. Se asestan unos tras otros los golpes más arteros a la expansión popular —reuérdese que el Campo de Marte constituye una suerte de inmensa cancha deportiva dominical—, como si a las autoridades les interesara más que se levanten los elefantiásicos edificios de la burocracia —igualmente eficaz, si es que lo es, en sus locales actuales—, aunque los adolescentes deambularen por las calles, se harían de ocio y energías contenidas, y concluyan por cometer los estropicios con que acostumbran a dar pálvulo a su vitalidad. Después vienen las quejas contra los “rocacóleros” y los sermones, como los golpes de pecho del fariseísmo.